

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
¡Por favor! no me leas	1
¿Necesitan de "la confesión" los Protestantes	10
Estudio bíblico	19
Cronología del A. T.	27
Como hacer efectivas visitas misioneras	35
El gran espía	43

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Seminario Concordia
C. Correo 5
1655 J. L. Suárez
Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm 69.

Primer Trimestre - 1971

Año 18

¡POR FAVOR! NO ME LEAS

De acuerdo a estadísticas muy conservadoras se requieren nada menos que seis pastores y mil laicos en nuestra Iglesia Luterana - Sínodo de Misuri (en los EE. UU.) para poder ganar un alma para Cristo. ¡No es de extrañarse que la Iglesia de Jesucristo esté marchando en retirada! Así comienza su artículo Theodor Raedeke, secretario de evangelismo de nuestro Sínodo.

El Rev. Raedeke dice algunas otras cosas, que el copilador y traductor de su artículo: "We Have No Choice", publica aquí con algunas notas de su propia experiencia y cosecha.

Tanto laicos como pastores tenemos una gran responsabilidad, un gran deber cristiano: compartir nuestra fe con otros hombres y testificar ante ellos de Cristo. Admito —dice el traductor— que eso de compartir la fe y testificar de Cristo no es una tarea fácil —es un difícil problema de comunicación.

No obstante el Señor lo ha presentado de manera comparativamente fácil para todos —para ministros y para laicos. Dios ha resumido en breves y simples palabras el mensaje que ministros y laicos debemos comunicar: Tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a Su Hijo unigénito, para que quien cree en El no muera; sino que tenga vida eterna' (Jn 3:16).

¿"Me permite usted una pregunta personal, muy personal? —dice el Rev. Raedeke— ¿Cuando usted lee estas palabras, experimenta algo? ¿Le producen algún estremecimiento? ¿Siente usted alguna clase de alegría o de gozo? Si nada de esto se produce en usted, la razón es muy sencilla: Estas palabras han dejado de ser para usted una Buena Noticia, ellas son indudablemente "malas noticias", porque en realidad no significan nada para usted".

En Romanos 1:16, dice San Pablo: "No me avergüenzo del evangelio, ya que es poder de Dios para salvación de todo aquel que lo cree". Un evangelio lleno de poder es el que nuestros pastores y laicos tienen el deber de "compartir" con todos los hombres, sin diferencia de raza, idioma o color.

Sabemos que cuando compartimos la fe con otros, algo nos ocurre. Dicen los chinos: "Cuando una persona ayuda a otra a pasar un río, no tarda mucho tiempo hasta que el tal adquiriera la experiencia de encontrarse también en la orilla opuesta." San Pablo, condicionando la salvación a la confesión escribe, por inspiración del Espíritu Santo: "Si confesares con tu boca que Jesucristo es el Señor y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, SERÁS SALVO."

No es suficiente **darle** al pueblo la Palabra; debemos enseñarle a compartirla. "Es más importante entrenar un ganador de almas que ganar un alma." Al principio, cuando alguien nos recuerda que estamos olvidando cumplir con el deber de evangelizar y misionar, nos ponemos rojos de indignación y levantamos las cejas para mostrar nuestro enojo en señal de enfado; pero si en realidad nos detenemos a pensar en esta acusación, nos daremos cuenta más y más de la importancia que tiene la preparación de "ganadores de almas", porque la obra de ganar almas será una que continuará en la iglesia.

Hablamos de la gran necesidad de escuelas parroquiales, pero la misión de la iglesia no es meramente enseñar, sino que es también la de equipar a nuestro pueblo para que sepa cómo testificar de Cristo y compartir con otros la fe que hemos heredado de nuestros mayores. El cristiano que no comparte su fe con el prójimo es un cristiano cuya fe se irá debilitando poco a poco hasta el punto en que desaparezca de él.

El domingo de la Reforma —el año pasado— en el Congreso Mundial de Evangelismo celebrado en Berlín, el ministro oficiante pidió al auditorio que confesara su fe con las palabras del Credo Apostólico. Uno de los que han redactado este artículo estaba presente y ésta es su experiencia: "Muchos de los ancianos allí presentes así lo hicieron, pero los jóvenes guardaron silencio." Inmediatamente después del sermón, la congregación fue invitada a recitar la Oración del

Señor. Dice el mismo visitante: "Muchas personas mayores recitaron el Padrenuestro, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, pero la juventud NO ABRÍÓ SU BOCA."

Esto no es una acusación contra la juventud, pero sí es una acusación contra los mayores que no supieron compartir su fe con la generación que les seguía. Lo que ocurrió en Alemania puede ocurrir aquí en nuestra I.E.L.A., o para ser más específico: está ocurriendo entre nosotros.

Hace 25 años había en la población del mundo un 37 % de cristianos. En la actualidad, según estadísticas muy conservadoras, los cristianos apenas alcanzamos al 30 % de la población del mundo. Se estima que en el año 1975 la población cristiana del mundo sólo alcanzará a un 23 %. Ha sido dicho que el 30 % de la población del mundo vive sin saber absolutamente nada de la obra expiatoria de Cristo.

Cuando sabemos estas cosas nos preguntamos cómo es que cantemos sin temor alguno: "¡Muévase potente la Iglesia de Dios!" Un crítico, valiéndose de las palabras de este himno, escribió otro que era una ironía cínica. No voy a traducirla en su totalidad, no haría bien a nadie, pero sí, traduciré algunas poquísimas líneas. "¿Cómo pueden cantar los cristianos: "Muévase potente la Iglesia de Dios", en esta hora en la que todos sabemos que la iglesia está en bancarrota, está desprestigiada? ¿Cómo es posible que en las iglesias se cante hoy: "Muévase potente la Iglesia de Dios", cuando la vemos marchar vacilante, carente de unidad, dando el mal ejemplo de su falta de amor. En estos días en los que la iglesia marcha en retirada y no de victoria en victoria, no tenemos derecho a cantar sin temor que el techo de la capilla se desplome sobre nuestras cabezas: "Muévase potente la Iglesia de Dios... Somos sólo un cuerpo, uno es el Señor, una la esperanza y uno nuestro amor".

Esto es más que una descripción de la iglesia en el siglo XX, en el año 1970. Cuando leemos publicaciones importantes pertenecientes a las diferentes denominaciones cristianas así como las opiniones de pensadores expresadas en la prensa profana, no nos es difícil ver que existe en este mundo un gran descontento acerca del cristianismo que está prevaleciendo en las iglesias.

Si nos preguntamos con sinceridad por qué las cosas andan como andan, cuando nos preguntamos cuál podría ser un buen “test” cristiano para juzgar el cristianismo, la respuesta, si encontramos ese “test”, es humillante y vergonzosa. Si somos honestos, reconoceremos que el pueblo da su espalda a la iglesia por culpa de los que estamos dentro de la iglesia. Si somos honestos no podemos por menos que reconocer que la obra de “testificar” de Cristo y de “comparar” nuestra fe con nuestro prójimo no es nuestra especialidad.

Es una verdad irrefutable que en los alrededores de nuestras iglesias viven muchas familias que NI POR EQUIVOCACION o CURIOSIDAD entran en nuestras iglesias. ¿Por qué esa actitud...? Tal vez por timidez, tal vez por indiferencia, tal vez por tener la sospecha de no ser bien recibidos, tal vez por ignorancia, tal vez... Recordemos que en la Argentina a nadie le gusta ser considerado “colado” en ninguna parte, o, lo que es : “No entran porque nunca han sido invitados.”

Tenemos órdenes de marcha. Nuestro Comandante —Jesucristo— nos ha dicho: “ID”. Él no nos ha dicho: “Id si os gusta a dondo yo os mando.” Tampoco nos ha dicho: “Id, si os conviene y disponéis de tiempo.” Él simplemente nos ha dicho: “ID”. Y nosotros no tenemos el derecho de elección.

Algo se nos dice en los evangelios de la tarea evangelizadora de Jesús. En San Mateo se nos recuerda que “cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desparramadas y esparcidas como ovejas que no tienen pastor”. Los que componían esas multitudes estaban desahuciados e imposibilitados. Desde el punto de vista espiritual ¿cómo aparecen ante los ojos de los ministros y laicos modernos nuestras multitudes modernas?

Como ministros de la iglesia, como discípulos seguidores de Jesús, ¿tenemos en realidad una visión de lo que está ocurriendo en el mundo actual?, ¿en nuestra nación?, en nuestra comunidad? Nuestro país es considerado como una nación cristiana de tradición católica —a cada paso oímos hablar de nuestras viejas tradiciones cristianas— pero no nos consideramos un país cristiano porque tengamos plena conciencia de que todos los que habitan nuestro suelo practiquen

cristianismo, sino porque el cristianismo es la religión mayoritaria en el país aunque sepamos que son muy pocos los que realmente sean cristianos.

En el último censo se eludió que cada habitante declarara la religión que practicara. ¿Es que estamos convencidos de que es una rotunda mentira decir: “Argentina: 24 millones de habitantes 24 millones de católicos”? Cristianismo es en la actualidad una nota social. Los niños toman la primera comunión pero inmediatamente después desaparecen en su gran mayoría. Lo mismo se puede decir de las otras denominaciones: “¡Son más los que vuelven la espalda a la iglesia que los que quedan fieles a ella hasta la muerte!”

Semanas pasadas leí una estadística religiosa. Se refería a Europa, a esa Europa que plantó la Cruz en América. ¡La leí y me llené de asombro! El 90 % de la población NUNCA asiste a la iglesia, salvo para compromisos sociales ¡Me consta que en el pasado no era así! Y hablo con conocimiento de causas. Me crié en la andaluza ciudad de Sevilla... y aunque no profesaba la religión católica, podía juzgar el impacto que en todo momento ejercía ésta en la población.

En África, el 93 % de la población está todavía en el camino que conduce a la perdición eterna. En Corea del Sur, en muchos de los lugares que se llaman “cristianos”, el 95 % de la gente vive sin Cristo y sin esperanza. En India solamente 3 de cada 100 personas conocen a Cristo, y algunos notables que lo conocen no lo han aceptado como Señor y Salvador a causa de la vida que han visto en los cristianos. En China, la nación más grande del mundo, el 99 % de las personas está condenada a la destrucción por carecer del conocimiento de Cristo y de su mensaje de salvación y vida.

Nosotros, luteranos argentinos, que nos consideramos cristianos poseedores de una “purísima fe”, una fe “semillante a la del siglo I”, al ver, como estamos viendo, a las multitudes que marchan hacia la perdición, andando entre las tinieblas, ¿cuánto celo demostramos tener para alcanzar a esa gente para Cristo? ¡Cuántos van al infierno porque nada saben del amor de Dios! Nosotros poseemos el mensaje de Cristo, nosotros conocemos el camino que conduce al cielo, ¿pero estamos testificando de nuestra fe y compartiendo nuestra fe con el hijo de esta tierra, porque, como sabemos:

Jesús hizo expiación por los pecados de todos los hombres, pertenecientes a todas las razas, y sin distinción de colores o idiomas? Muchísimos van al infierno por desconocer el amor de Dios. Nosotros poseemos el mensaje; nosotros tenemos el deber de compartir nuestra fe con todos los hombres, ¿pero lo estamos haciendo?

¡Cuánta esperanza!, ¡cuánta seguridad espiritual!, ¡cuánto consuelo, ¡cuánto valor para vivir o para morir dejamos de dar a otros cuando nos negamos a testificar de nuestra fe o a compartir la vida abundante del Cristo que decimos vive en nosotros!

Un médico judío de Buenos Aires, especializado en un hospital Metodista en U.S.A. me decía, mientras yo me atendía en su sala de urología: Durante mis años al frente de esta sala puedo afirmarle que he visto mucha gente turbada en cuerpo y alma —cristianos al parecer, por algunos atributos que tenían colgados de su cama o en su mesa de noche— todos experimentando gran temor a la muerte, y sin que ningún clérigo de su iglesia viniera a levantarles el espíritu”.

Jesús no solamente tuvo una gran visión de las multitudes dirigiéndose al infierno, sino que tuvo también una gran pasión por las almas. Sabiendo que esas multitudes estaban perdidas, dijo a sus discípulos: “Orad al Señor de la mies”. ¡Es la única manera para comenzar a ganar almas — orando! De rodillas es como comienza todo programa de evangelización. Todo ministro debe aprender la lección de Jacob. Debemos aprender a luchar con Dios en oración hasta que nuestro muslo quede descoyuntado y nuestras rodillas sangren. Es entonces cuando Dios nos bendecirá en la bendita tarea de ganar al mundo para Cristo.

Debemos saber que el Espíritu Santo no sólo obra en usted, y con usted y por medio de usted, sino que va delante de usted, preparando los corazones de la gente para que usted pueda testificar ante ellos.

El cristiano debe aprender del cisne; debe zambullirse para poder pescar. ¡Si usted ora, tendrá una zambullida provechosa! Tenga la seguridad de que el Señor le proporcionará preciosas oportunidades cuando menos lo espera.

Cuéntase que hace unos 12 años una fábrica de calzado de Saint Louis envió dos de sus mejores vendedores para

que introdujeran la mercadería que producía la fábrica nada menos que en India. Después de 5 semanas uno de los vendedores envió a la gerencia un cablegrama diciéndole: “Regreso. Aquí no hay oportunidades para vender zapatos. Todos van descalzos.”

Pocas semanas más tarde llegó a la gerencia otro cablegrama. Procedía también de India. Lo enviaba el otro vendedor. Decía: “Envíenme en seguida cinco mil pares de zapatos. Las oportunidades son ilimitadas. Aquí toda la gente va descalza.”

Tenía razón Campoamor cuando escribió: “En este mundo traidor, nada es verdad, ni es mentira; todo es según el color del cristal con que se mira.” Ambos vendedores vieron lo mismo: una multitud descalza. Uno la consideró como prueba evidente de fracaso para un vendedor de zapatos; el otro vio una gran oportunidad para hacer grandes negocios.

Me dirijo a usted, ministro del evangelio; a usted, laico que se espera trabaje en su parroquia “testificando” y “compartiendo”, ¿cómo estáis considerando las condiciones bajo las que están viviendo en sus comunidades? ¿Cómo es la obra evangelística en su congregación? ¿Como un estorbo o como una ayuda para extender el Reino de Dios? ¿Están ustedes sacando piedras que hacen difícil el acceso a la congregación o colocan blocks que cierran el camino? ¿Atribuímos nuestro fracaso a las malas condiciones en las que debemos desarrollar nuestro trabajo o atribuímos nuestra falta de éxito a que no testificamos ni compartimos nuestra fe?

Años ha, en una época de gran letargo espiritual, un joven, recientemente se graduaba en el seminario. Se llamaba Henry Ward Beecher. Se le envió a misionar a lo que en aquellos días se llamaba: “Los Desiertos de Indiana”. Muy pronto se sintió desanimado, pues, no obstante sus entusiastas esfuerzos, nadie prestaba atención a su predicación. Finalmente, desesperado, encontró refugio y consuelo en el estudio de la Biblia. Mientras estudiaba el libro de los Hechos de los Apóstoles, el joven Beecher se sintió animado al leer los tremendos éxitos de la iglesia apostólica y se preguntaba de cuando en cuando: ¿en qué estribaba el secreto del poder de la iglesia apostólica?

Siguió estudiando el libro de los Hechos, y llegó a descubrir los principios apostólicos de testificar que tenían aquellos cristianos, métodos que sirvieron para conducir millares y millares de almas hasta la Cruz de Cristo. Puso en práctica estos principios y el propio ministerio de Beecher se vio revolucionado. Años más tarde, explicando el secreto de su éxito misionero dijo el Rev. Beecher: "Debo más al libro de los Hechos que a los otros 65 libros de la Biblia juntos. Estudiando detenidamente este libro me dijo: "No encontraba el secreto por el cual las almas buscaban a Cristo a millares, y me propuse descubrir el secreto. Tomé como ejemplo cada uno de los sermones apostólicos. Cuando encontraba alguno lo estudiaba minuciosamente y me preguntaba: ¿Cuáles fueron las causas para el éxito? ¿Qué clase de gente era la que lo escuchaba? ¿Qué debía hacer? ¿Cómo imitarlos? Estudié, estudié hasta encontrar la clave, y cuando la encontraba me decía: Ahora yo haré lo mismo. Recuerdo esto como si me hubiera ocurrido ayer. Cuando me dispuse a salir a predicar, en mi primera reunión **diecisiete hombres despertaron de su sueño espiritual y buscaron a Cristo como Señor y Salvador.** Este fue el resultado de mi primer sermón después de haber estudiado el libro de los Hechos. ¡Nunca me sentí tan triunfador en la vida! Salí del salón, me metí en mi "sulky" y mientras animaba a mi cabalgadura me decía una y otra vez: "Ahora he aprendido a predicar".

¿Cómo consideramos las condiciones bajo las cuales estamos viviendo y en las que debemos desarrollar nuestra obra evangelística-misionera? ¿Estamos ayudando la obra evangelística-misionera de la congregación o la estamos estorbando? Como ministro, delante de Dios, ¿cuánto espíritu evangelístico-misionero tengo? ¿Cuáles son las causas que me impiden despertar para que me alumbré Cristo y pueda ver alrededor mío las multitudes que están dirigiéndose hacia el infierno sin que yo haga nada para conducir las almas hasta el Salvador? ¿Es que no creo en la existencia del infierno?

Estas preguntas se las debería hacer cada predicador y cada laico delante del Señor. Dice Jesús: "Entra en tu alcoba, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en lo público." Pero deberás orar íntegramente hasta que la presencia del Padre

te sea real. Deberás orar con el espíritu de Jacob en Belén. Deberás salirte de Dios y cuando Dios te sea real, decirle: "No te soltaré hasta que no me bendigas" dándome almas salvadas.

Nosotros no tenemos la responsabilidad de evangelizar las generaciones que han pasado... ¡jesas ya pasaron! ¡Es demasiado tarde! No es nuestra responsabilidad evangelizar y misionar las generaciones futuras. ¡Es demasiado temprano! Tenemos la responsabilidad de hacer evangelismo misionero entre la generación presente, entre nuestra propia generación. ¿Cuándo comenzar? ¡AHORA MISMO! ¡HOY ES EL DIA DE SALVACION!

Dios nos ha colocado como sus mensajeros a ministros y laicos para el mundo de hoy, para este mundo nuestro tal como es, tal como está desarrollándose. Este debería ser nuestro lema, y lo deberíamos tener con letras grandes ante nuestros ojos: "Pasaré por este mundo una sola vez; si hay una palabra de aliento que necesite ser dicha, si hay alguna buena acción que deba ser hecha, si hay un pecador que necesite encontrar el camino de la Cruz; diga yo esa palabra de aliento, haga yo esa buena acción, conduzca yo a ese pecador hasta la Cruz HOY, AHORA MISMO, porque no volveré a pasar jamás por este mundo."

Si la iglesia debe estar inflamada con el entusiasmo del evangelio, con el Espíritu de Pentecostés, con la devoción hacia la persona de Cristo y con la pasión por las multitudes cansadas y agobiadas, como lo estuviera Jesús, si hemos de cambiar el mundo, no impedamos al Espíritu de Cristo anidarse en nuestros corazones HOY.

Adaptado de Lutheran Witness. Theodore Raedeke, autor de The Church's Greatest Need, y Ambrosio L. Muñiz, es predicador de la Hora Luterana en Argentina, Uruguay y Paraguay.